

Día de campo.

Simití.

Por Héctor Parra F.

Corría el año de 1992. Por ese entonces la guerrilla tenía gran actividad y fuerza en la región del Sur de Bolívar. El ejército acababa de adquirir varios helicópteros artillados y los estaba utilizando en el sur de Bolívar, entre Simití y San Pablo. Justamente cerca de donde se me había encomendado el diseño de un puente sobre el Río Inanea. La situación de orden público fue razón suficiente para posponer el inicio de los trabajos durante unas semanas.

"Caldo de guerrilla", llamaban en esa época a esta zona y aun hoy en día conserva ese nombre de acuerdo con las noticias publicadas sobre los últimos asaltos guerrilleros a la policía y a la Caja Agraria. La urgencia de la tarea de diseñar un nuevo puente sobre el Río Inanea, obedecía a la necesidad de construirlo prontamente, ya que esta que era la única vía que comunicaba los municipios de San Blas Monterrey y Simití, se interrumpía en el paso del Río Inanea que baja torrentoso de la Serranía de San Lucas. El aislamiento en que se encontraban los habitantes de la región por la caída del puente construido apenas unos meses atrás - sumado a las precarias condiciones de vida, generaban una situación social de gran descontento, muy justificada, por lo demás.

El Puente.

Aquí se combinó un problema típico de socavación de una cimentación superficial sumado a una subestimación de la creciente de diseño. El cauce actual del Río Inanea, guardaba una trampa para el diseñador que consistía en una masa de suelos residuales difíciles de identificar en la margen derecha, y que se confundían fácilmente con la roca. Por otra parte, el puente viejo generó un cuello de botella de las crecientes frecuentes del Río, y en combinación con la socavación acabó con el puente recién construido.

Como llegar allí.

La tercera vez que visité la zona del trabajo lo hice por una de las rutas más ágiles que existía para llegar al sitio. Abordando una avioneta de Aerotaca en Bogotá hacia las 5 am, se emprendía un vuelo lechero con escalas en San Gil, Málaga, Bucaramanga, (allí debía uno esperar un par de horas hasta que la aeronave hiciera un viaje redondo a otro pueblo santandereano) y finalmente la avioneta volaba de Bucaramanga a Santa Rosa de Bolívar, cruzando el Valle del Rio Magdalena de oriente a occidente. Desde allí nos faltaban todavía dos horas de trocha para llegar al sitio del puente.

Otras maneras de llegar a la zona de Simití implican la navegación por el Rio Magdalena durante 5 horas, ya sea vía Barranca, o vía Aguachica Gamarra. De cualquier manera el hecho es que es un sitio muy lejano.

En el aeródromo de Santa Rosa de Bolívar, una tajada de monte excavada a media ladera en la Serranía de San Lucas, me salieron a recoger ese mediodía el operario de la máquina de perforación y el conductor. Los acompañaban desde temprano, botados en medio del monte, el pelotón antiguerrilla del ejército. Esperando al avión los días de itinerario, mantienen ellos una vigilancia estricta porque saben que a cualquier hora la guerrilla se aparece y peligra la aeronave con sus ocupantes y carga. Nadie se puede mover del aeropuerto hasta que los pasajeros y la carga que se van en el viaje de regreso, hayan abordado y el avión haya despegado. Cuando este despega, el pelotón autoriza a todos a continuar el viaje. Ellos salen sigilosamente a pie, sin vehículos, carne de cañón.

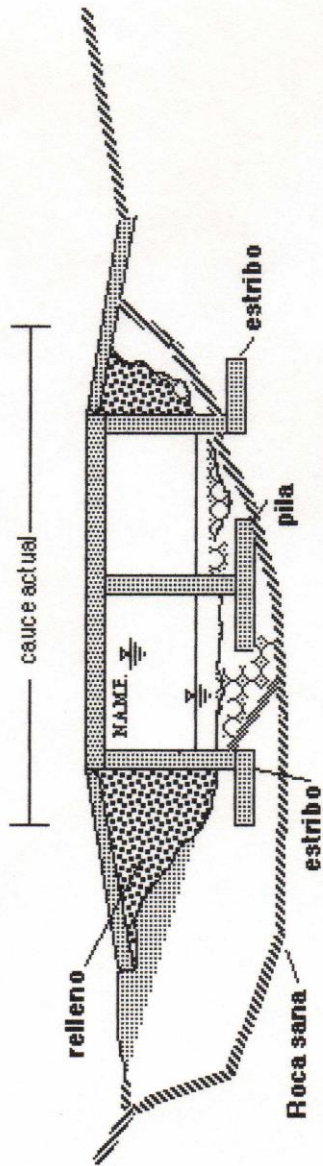
Está al mando el teniente Álvarez. De tez Blanca, pero colorado y sudado por el abrasador calor. Surcado su rostro de muchas arrugas por los gestos del brillante sol, y una mirada de desconfianza, sabe que en cualquier momento puede salir la guerrilla a la vuelta de la próxima curva y tostarlos a todos. Son como 8 en total, muchachos armados hasta los dientes, duros y jóvenes, botados en la lejura de la Serranía de San Lucas.

Simití

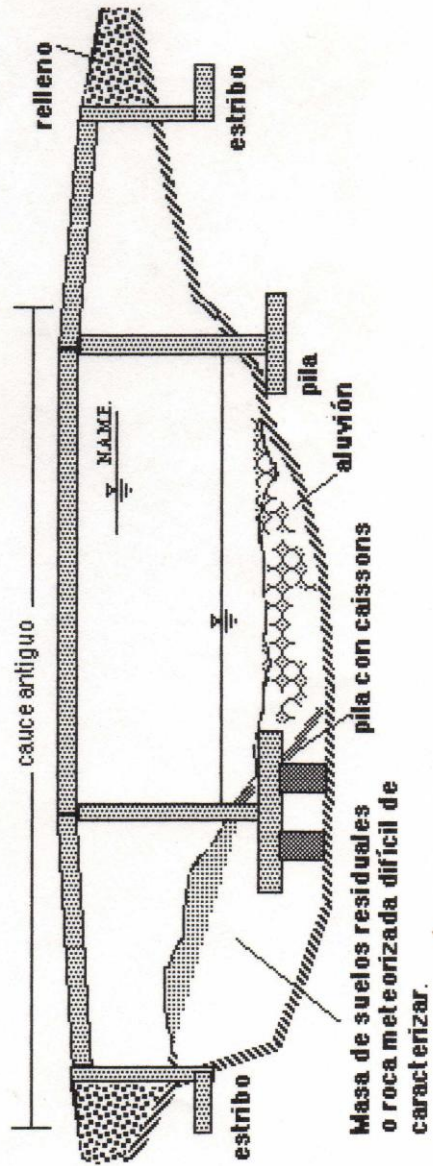
Enmarcada entre colinas de las estribaciones de la Serranía de San Lucas, se extiende la bella Ciénaga de Simití. Un paisaje hermoso y de trópico tenaz. En uno de sus extremos se levanta el pueblo de Simití, donde se respira un letargo propio del trópico, y de una zona tan alejada y tan olvidada. Lleno de juventud y muchachadas entregadas al ocio, el gran acontecimiento es nuestra llegada porque surge un trabajo nuevo en el pueblo: preparar unos almuerzos. No nos podemos quedar sino el tiempo estrictamente necesario, y sin embargo alcanzamos a admirar la iglesia de Simití, un verdadero tesoro colonial, erigida en el siglo XVI.

Los trabajos de ingeniería nos llevan a conocer los sitios más remotos e insospechados. Sobre todo si el trabajo consiste en diseñar un puente para Caminos Vecinales como el de este relato, que construye carreteras donde terminan los caminos. Hoy, 5 años después, algo ha cambiado. La guerrilla sigue dueña de la zona, y Simití sigue siendo igual de lejana de todas partes. Ruego a Dios porque el nuevo puente que se construyó no se haya vuelto a caer por falta de mantenimiento. Y que Simití salga de esa pesadilla y del letargo tropical, y se convierta en el paraíso que debería ser.

Julio de 1997.



Puente viejo (colapsado)



Puente Nuevo